

El declive del noratlantismo en la reestructuración de las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX

Rosas, María Cristina

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Rosas, M. C. (1996). El declive del noratlantismo en la reestructuración de las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(163), 97-128. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1996.163.49652>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El declive del noratlantismo en la reestructuración de las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX*

MARÍA CRISTINA ROSAS

Resumen

El artículo parte de la premisa de que el noratlantismo, en sus múltiples acepciones, se encuentra en declive. La razón estriba en la reestructuración de las relaciones económicas internacionales de finales de siglo y milenio, ya que una de sus características fundamentales es la tendencia a la globalización y a la regionalización. El artículo se aboca a explicar cómo esta segunda variable asesta un golpe decisivo al noratlantismo, toda vez que la Unión Europea (UE), el Mercado Común del Cono sur (MERCOSUR), la Asociación del Sur de Asia para la Cooperación Regional (SAARC), y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), por citar sólo algunos, entrañan procesos de intensificación de las relaciones intrarregionales, en detrimento de los vínculos de sus miembros con el resto del mundo.

Abstract

The central idea discussed in this article raises the decline of North Atlantic hegemony in international economic relations. The current trends toward globalization and regionalism are putting aside the importance of the North Atlantic economies vis a vis the emergence of new economic organization such as the European Union (EU), the South American Common Market (MERCOSUR), the South Asian Association for Regional Cooperation (SAARC) and the North American Free Trade Agreement (NAFTA). In the near future trade and financial flows will have an intra-regional character at the expense of the relations with the rest of the world.

"El *noratlantismo* se encuentra en declive...
También se avecina una terrible depresión..."
Immanuel Wallerstein

El declive del *noratlantismo* es una consecuencia de la reestructuración de las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX. Surgido en la Europa de la transición feudal al capitalismo, el *noratlantismo* pronto se erigió en el instrumento que garantizaría la expansión del modo de producción en ascenso. El

* El presente es un ensayo elaborado a partir de la tesis que para obtener el grado de Doctora en Relaciones Internacionales presentó la autora el 19 de mayo de 1995, logrando la mención honorífica.

ocaso del *noratlantismo*, sin embargo, no significa que el capitalismo haya agotado sus posibilidades. Antes bien, la competencia intercapitalista ha venido asumiendo nuevas formas, destacando, entre ellas, el *nuevo regionalismo*, para el cual el *noratlantismo* se erige en un obstáculo.

Aun cuando el *noratlantismo* normalmente es referido al análisis de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en los primeros años de la Guerra Fría, en realidad constituye un mecanismo de vinculación trasatlántico que data de los tiempos de la decadencia del feudalismo y que involucra diversas esferas en la vida de las sociedades europeas, canadiense y estadounidense, desde el espectro de la seguridad, hasta los ámbitos político, económico, social y cultural.

El *noratlantismo* comparte una herencia cultural y filosofía comunes. En el transcurso de los viajes de exploración y conquista, las potencias europeas de los siglos xv en adelante exportaron su estilo de vida a los territorios ubicados en el continente americano y otras partes del mundo a las que llegaban. El selecto "club" de naciones *noratlánticas* excluía aquellas culturas, valores y sociedades no occidentales. La ética judeo-cristiana era parte del *modus vivendi* al que los conquistadores europeos sometían, en un momento determinado, a los conquistados.

Todas las grandes potencias que ascendieron y descendieron, desde los albores del capitalismo hasta el día de hoy, dominaron el Atlántico. Conviene acotar que el *noratlantismo* es distinto del *suratlantismo*. Este último quedó subordinado al primero, debido a que el proceso de acumulación originaria del capital se produjo en Inglaterra, y la expansión del nuevo sistema pronto se asentó en otros territorios europeos y norteamericanos allegados al Atlántico norte. La Corona británica fue, entonces, el motor del *noratlantismo*. Pero las relaciones de producción y la maduración de las fuerzas productivas que tuvieron lugar en las islas británicas no se reprodujeron por igual en el Atlántico sur. Con el advenimiento del capitalismo, muy pronto fue instituida una nueva división internacional del trabajo, en la que las ventajas comparativas de ciertos territorios del orbe fueron motivo de dominación y apropiación para alimentar la revolución industrial de las naciones *noratlánticas*.

Con el advenimiento de las dos guerras mundiales a lo largo del

presente siglo, el liderazgo de Gran Bretaña se derrumbó a favor de Estados Unidos. De esta manera se materializó el declive del *noratlantismo británico* y el ascenso del *noratlantismo estadounidense*. Así, Estados Unidos tuvo la idea de promover un ingenioso diseño institucional que le permitiría un amplio margen de maniobra de cara a los países europeos occidentales, devastados por la acción de la segunda gran conflagración mundial. Pero a diferencia del *noratlantismo británico*, el cual nunca enfrentó una amenaza que desafiara su liderazgo con un antagonismo declarado —debido a que el tránsito del liderazgo británico al estadounidense fue concertado entre ambas potencias—, el *noratlantismo estadounidense* se encontró con la existencia de un país poseedor de un sistema económico, político y social que rivalizaba con el capitalismo, y que gracias a la Segunda Guerra Mundial había logrado extender su esfera de influencia hacia Europa Oriental: ese país era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

La amenaza que planteaba la URSS a la seguridad del sistema capitalista internacional era de tal magnitud, que los países europeos occidentales, antiguos sustentantes del *noratlantismo europeo* —esencialmente británico—, estuvieron de acuerdo en subordinarse a la asistencia económica, política y militar del gobierno de Washington, haciendo a un lado las diferencias de opinión que pudieran existir entre ellos, debido a que la *amenaza externa común* que los acechaba así lo exigió.

En sí, la URSS constituyó el elemento “justificador” del *noratlantismo estadounidense*. Sin embargo, era previsible la decadencia del *noratlantismo*, en opinión de Immanuel Wallerstein, en virtud de las siguientes razones:

1. El papel protagónico de Japón en la economía internacional. En sí, con ello estaría dando inicio la era del Pacífico, en oposición a la era del Atlántico. Cabe destacar que Japón es una nación no-occidental que está desempeñando un papel *vis-à-vis* Estados Unidos, de manera similar al que desarrollaron los estadounidenses *vis-à-vis* la Gran Bretaña en la primera mitad del presente siglo. Wallerstein reconoce que Japón adolece de una enorme cantidad de recursos, en contraste con la vasta riqueza de que disponía Estados Unidos en el siglo XIX en el momento de emerger como potencia mundial. Sin embargo, las carencias japonesas podrían superarse si

el gobierno de Tokyo lograra establecer una alianza estratégica con China.

2. El fortalecimiento económico de Europa Occidental, la cual paulatinamente buscaría acercarse a Rusia tratando de establecer una alianza geopolítica con ella. La cooperación Bonn-París-Moscú no se erigiría sino a partir de ignorar las diferencias ideológicas.

3. La crisis ideológica con motivo del declive de la URSS como la amenaza externa común que estimuló el *noratlantismo*.¹

Hasta aquí las razones políticas e ideológicas del declive del *noratlantismo estadounidense*. Pero es pertinente acotar que el *nuevo regionalismo* mucho ha tenido que ver en la pérdida de importancia del Atlántico como escenario primordial de desenvolvimiento del sistema capitalista. Destaca sobremanera el regionalismo europeo, surgido como iniciativa defensiva *vis-à-vis* Estados Unidos, que con el Plan Marshall y la OTAN subordinaba a Europa occidental al orden de posguerra bajo su hegemonía. Al adjetivar las tendencias regionalistas que tienen lugar a partir de la década de los ochenta se entiende que, en tiempos pasados, hubo otro regionalismo.² Las características del nuevo regionalismo, en oposición al que lo antecedió, son las que se mencionan a continuación:

1. Mientras que el viejo regionalismo se formó en el contexto bipolar de la Guerra Fría, el nuevo regionalismo tiene como marco un orden mundial tendiente a la multipolaridad en la Posguerra Fría.

2. Mientras que el viejo regionalismo fue fomentado desde "fuera" y desde "arriba" (*vrg.* por las superpotencias), el nuevo regionalismo es un proceso más espontáneo que se define por la dinámica interna y tiende a la horizontalidad (*vgr.* debido a que sus partes contratantes son los principales actores).

¹ Immanuel Wallerstein, *Geopolitics and Geoculture*, Cambridge, Cambridge University Press/Éditions de la maison des sciences de l'homme, 1992, pp. 19-25.

² De hecho, el investigador de Göteborg, Björn Hettne estima que el *nuevo regionalismo* se ubica en la llamada segunda ola de cooperación regional que se inició en la década de los ochenta, luego del declive de la teoría de la integración de los setenta. El declive de la teoría de la integración se debió a los problemas experimentados por los socios del Mercomún europeo para consolidar la unión, así como por los fracasos rotundos de las naciones del Tercer Mundo en la creación de áreas o zonas de libre comercio. Se dice que más que conducir al desarrollo, estos diseños reprodujeron la estructura centro-periferia al interior de las regiones —por ejemplo, en las quejas de los socios más asimétricos de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) respecto a las actitudes inflexibles e impositivas de México, Brasil y Argentina.

3. Mientras que el viejo regionalismo era específico en sus objetivos —referidos a la contención de una amenaza externa común y con fines defensivos—, el nuevo regionalismo es un proceso más amplio y multidimensional que abarca esferas como la cultura, la ecología, la sociedad, la política, la educación, etcétera.³

Una región se define de maneras muy diversas y a niveles distintos de complejidad, pero es indudable que es producto de una formación histórica, erigiéndose en un sujeto político con identidad propia.⁴

El *nuevo regionalismo*, originado en Europa, hereda una amplia gama de libertades con motivo de la desaparición del bipolarismo. Ahora las regiones son más libres para perseguir sus intereses sin la sombra de Washington o Moscú, situación que sugiere la aparición de un orden mundial regionalizado.

Conviene resaltar dos aspectos necesarios para comprender los límites y alcances del *nuevo regionalismo*: su vinculación con la transición hegemónica del sistema capitalista y su definición como concepto del orden mundial.

Por cuanto hace a su definición como concepto del orden mundial, diversos analistas convienen en enfatizar el carácter anárquico del sistema internacional, el cual requiere un líder o hegemón que cuente con la autoridad y la credibilidad necesarias para respaldar las reglas del juego del poder en las relaciones internacionales. La autoridad del hegemón denota la existencia de consensos a favor de su liderazgo, en tanto que su credibilidad reposa en los mecanismos de que dispone para garantizar la estabilidad del sistema bajo su égida. Considérese, por ejemplo, el papel desempeñado por Estados Unidos como líder del sistema capitalista al término de la Segunda Guerra Mundial, así como la existencia de reglas para el desenvolvimiento de las economías en el "mundo libre" a partir de instituciones como las emanadas de Bretton Woods (1944) y de la Conferencia de La Habana (1947).

Respecto a la transición hegemónica actual, el problema es más complejo, si se considera que el deterioro del liderazgo hegemóni-

³ Björn Hettne y András Inotai, *The New Regionalism. Implications for Global Development and International Security*, Helsinki, UNU World Institute for Development Economics Research (WIDER), 1994, pp. 1-2.

⁴ *Ibid.*

co de Estados Unidos es irreversible. Ya el historiador Paul Kennedy se ha ocupado del análisis en torno al auge y a la caída de las grandes potencias,⁵ y del ciclo histórico que Estados Unidos debe cumplir luego de su ascenso y su esplendor como líder mundial, cuando afirma que

aunque Estados Unidos es actualmente único en su clase en términos económicos y tal vez militares, no puede evitar la confrontación de dos grandes pruebas que desafían la longevidad de la principal potencia que ha ocupado la posición "número uno" en los asuntos mundiales: si en el terreno militar/estratégico puede preservar un equilibrio razonable entre los requerimientos que una nación asume que necesita y los medios con los que cuenta para mantener esos compromisos; y si... puede preservar los sustentos tecnológico y económico de su poder ante una erosión relativa de cara a los cambiantes modelos de la producción global...⁶

Más adelante, Kennedy afina su hipótesis en torno al ocaso de Estados Unidos cuando escribe que

la pregunta última en torno a la relación adecuada entre los "fines" y los "medios" en la defensa de los intereses globales estadounidenses se relaciona con los desafíos económicos que se ciernen sobre el país, que, al ser tan variados, amenazan con plantear enormes restricciones en el proceso de toma de decisiones en la política nacional. La extraordinaria complejidad y la extensión de la economía estadounidense hacen difícil la comprensión de lo que ocurre en cada una de sus partes —especialmente en un periodo en que emite señales tan contradictorias...⁷

Sin embargo, el análisis de Kennedy se limita a describir las razones por las que Estados Unidos decae, y en un estudio poste-

⁵ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York, Vintage Books, 1987, 677 pp.

⁶ Paul Kennedy, *op. cit.*, pp. 514-515.

⁷ Paul Kennedy, *op. cit.*, p. 525.

rior,⁸ el autor se aboca a plantear algunas medidas que permitirían a los estadounidenses un mayor margen de maniobra ante el declive. El famoso historiador británico no proporciona respuestas respecto a lo que sería un orden mundial sin el liderazgo hegemónico estadounidense. De ahí que sea necesario recurrir a otros planteamientos para revisar los escenarios posibles.

De hecho, una primera revisión de los autores que se han centrado en el análisis de los escenarios poshegemónicos factibles, revela la posibilidad de un entorno trilateral, en el que tres centros capitalistas —Estados Unidos, Europa occidental y Japón— asumen una responsabilidad hegemónica compartida. En este contexto son las instituciones económicas internacionales y las corporaciones multinacionales los actores más destacados, inclusive más allá de los actores estatales.⁹ Un entorno internacional de este tipo supone una erosión natural del *noratlantismo*, ya que buena parte del proceso de toma de decisiones en las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX tiene lugar en Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, territorios que en sus respectivas regiones llevan a cabo sendos procesos de cooperación e integración económicas que a su vez estimulan el comercio y el flujo de inversiones extranjeras.

Adicionalmente, para complementar los rasgos que definen el escenario caracterizado por la preponderancia del triunvirato Bruselas-Washington-Tokyo en la época actual, es pertinente caracterizar el regionalismo a partir de cinco consideraciones. En primer lugar, el regionalismo no es un fenómeno homogéneo, ya que las motivaciones que lo hacen posible pueden ser muy variadas —por ejemplo, ser buscado por países desencantados por el alargamiento de las negociaciones comerciales multilaterales en el marco del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT)—; o bien, resultado de las transformaciones internas que tienen lugar en la región que surge.¹⁰

⁸ En el que Kennedy funge como editor, con una investigación colectiva titulada *Grand Strategies in War and Peace*, New Haven, Yale University Press, 1991, 228 pp.

⁹ Véase Stephen Gill, *American Hegemony and the Trilateral Commission*, New York, Cambridge University Press, 1991, 304 pp., y Stephen Gill y David Law, *Global Political Economy. Perspectives, Problems and Policies*, London, Harvester/Wheatsheaf, 1988, 394 pp.

¹⁰ Björn Hettne y András Inotai, *op. cit.*, p. 6.

En segundo lugar, es menester distinguir entre el regionalismo normativo y el regionalismo positivo. El regionalismo normativo se define a partir de la integración regional entendida como un proyecto político, mientras que el regionalismo positivo es utilizado para describir procesos de cooperación, de integración o de iniciativas regionales. Si bien el regionalismo está sujeto a debate, Hettne sugiere llegar al acuerdo de efectuar estudios empíricos en torno al significado del factor "región" en la conformación de un orden mundial.¹¹ En tercer lugar conviene distinguir entre el *regionalismo hegemónico*, esto es, el dictado de manera vertical, por ejemplo, en la Organización del Sureste de Asia (OTSEA), de un *regionalismo autónomo* que se origina en el interior de una región. Ello debido a que el *regionalismo hegemónico* en raras ocasiones favorece el establecimiento de vínculos entre sus miembros y prácticamente no fomenta mecanismos intra-regionales de resolución de conflictos, como se ilustra en la disputa entre Grecia y Turquía respecto a Chipre, controversia que no pudo dirimirse en el contexto de la OTAN a la que pertenecían tanto Atenas como Ankara y que derivó en la salida de Grecia de la alianza noratlántica en 1974.¹²

Es visible, sin embargo, que en los *regionalismos autónomos* siempre existe un líder hegemónico que persigue determinados intereses respecto a la región de su influencia, y que se parte de la idea de que el liderazgo —del actor más influyente— canalizado a través de la región, mejora los mecanismos de negociación del área en cuestión en su conjunto *vis-à-vis* los regionalismos de otras partes del mundo. En realidad, *el nuevo regionalismo* requiere la existencia de un líder regional y de un segundo líder capaz de amortiguar las reacciones desfavorables que podrían surgir hacia el hegemón. Así, por ejemplo, en la Unión Europea, si bien Alemania es el líder poseedor de las mayores capacidades económicas, siempre requiere el apoyo de Francia, en una estratégica alianza intrarregional que disuelve los temores en torno al exacerbamiento del

¹¹ *Ibid.*

¹² Chipre, la pequeña isla asiática que guarda rasgos culturales turcos y griegos, se erigió en motivo de disputa en 1974 cuando un golpe militar que buscaba la anexión con Grecia depuso al gobierno en turno y Turquía invadió el país. En agosto se iniciaron las infructuosas pláticas para lograr el cese al fuego, pero los turcos ocuparon dos quintas partes de la isla y en 1975 el gobierno de Ankara anunció la partición chipriota.

nacionalismo alemán, ya que los franceses, quienes más diferendos históricos han tenido con los germanos, convienen en unir sus capacidades estratégicas y económicas estableciendo ciertos límites a las acciones de Bonn. En el Mercado Común del Cono Sur (MERCOSUR), Brasil, la economía más rica de América Latina, encuentra en su aliada Argentina la legitimidad para ejercer el liderazgo regional, disolviendo los temores de los vecinos que como Uruguay o Paraguay podrían revivir la memoria histórica respecto al expansionismo carioca que tantos conflictos provocó.

En cuarto lugar, el regionalismo bien puede referirse a una región en particular o ser un concepto del orden mundial. Así, es posible abocarse al análisis de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ANSEA) sin involucrar otras regiones, o bien puede deplorarse la formación de regiones rivales. Con todo, también puede ser motivo de análisis el orden mundial compuesto por grupos regionales como su elemento distintivo. Y en quinto lugar es necesario destacar que existen niveles de *regionalidad* (*regionness*), en el entendido de que un mayor grado de regionalidad implica, asimismo, un mayor grado de interdependencia económica, comunicación, homogeneidad cultural, capacidad de actuar y, particularmente, capacidad para dirimir controversias. Así, la regionalización es el proceso de creciente *regionalidad* y el concepto puede referirse a una región en particular o al sistema mundial.¹³

Existen cinco niveles de complejidad regional o *regionalidad*. El primero se caracteriza por una unidad ecológica y geográfica delimitada por barreras naturales físicas (por ejemplo, el África subsahariana; Europa, que se extiende desde el Atlántico hasta los Urales). El segundo nivel es el de la región como sistema social, que implica relaciones de índole social, política, cultural y económica entre los grupos humanos. El tercer nivel se define por la membresía en la organización regional en cuestión. Así, la cooperación que subyace en el regionalismo debe cubrir toda porción relevante de la región, ya que no podría tener éxito si sólo reuniera unos cuantos países en coaliciones más o menos temporales para satisfacer intereses muy particulares. Por ello, aunque la Asociación del Sur de Asia para la Cooperación Regional (SAARC) revela un regionalismo superficial,

¹³ Björn Hettne y Andrés Inotai, *op. cit.*, pp. 6-7.

por lo menos dota al área del sur de Asia de un marco para la cooperación.¹⁴

El cuarto nivel busca la creación y la recreación de las sociedades que viven en la región en cuestión. Desde luego que la existencia —previa al regionalismo— de una tradición cultural compartida a lo largo de la región es de importancia nodal. Pero el elemento que define esta etapa es la calidad multidimensional de la cooperación regional. Y, finalmente, el quinto nivel de *regionalidad* presenta una región como sujeto activo que cuenta con identidad distintiva, legitimidad, capacidad de acción y facultad para la toma de decisiones. Los aspectos que debe involucrar el proceso de regionalización son, fundamentalmente, los mecanismos para la resolución de conflictos, la administración y el manejo del sistema ecológico y el bienestar.¹⁵

En sí, el *noratlantismo estadounidense* reposó su existencia en criterios del llamado *viejo regionalismo* a través de instituciones que enfatizaban los aspectos de la seguridad y de la defensa colectiva frente a la amenaza externa común, de manera vertical y en detrimento de las aspiraciones e intereses de sus socios y aliados.

Sin embargo, el *viejo regionalismo* se resiste a morir. Estados Unidos, su principal promotor —como una de las dos grandes potencias de la Guerra Fría—, busca la adaptación a la Posguerra Fría y al orden mundial que se vislumbra —esto es, al de una hegemonía compartida—, a partir de actitudes impositivas y verticales hacia su “región de influencia natural”, es decir, el hemisferio occidental.

En contraste, Europa Occidental, a partir de la Unión Europea, ha venido delineando criterios de cooperación intrarregionales, en los que si bien destaca el liderazgo hegemónico regional de Alemania, también se persiguen objetivos más amplios que los de la simple abolición de obstáculos al comercio o al flujo de los factores de la producción. Japón todavía está muy lejos de llegar a niveles institucionales equivalentes al Tratado de Maastricht, si bien su presencia en el sureste asiático se encuentra en franca consolidación. Y esto es lo que ha impactado de manera negativa el desarrollo del *noratlantismo estadounidense*, no sólo por la modificación de la agenda de prioridades internacionales de la Posguerra Fría respecto a la

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Björn Hettne y András Inotai, *op. cit.*, p. 8.

Guerra Fría, sino porque los estadounidenses requieren llegar a acuerdos mínimos con Bruselas y Tokyo, entidades que han desarrollado considerables capacidades económicas y políticas en los dos últimos decenios. Cabe destacar que por las carencias que de momento tienen la Unión Europea y Japón —particularmente en el terreno de la seguridad, en el ejercicio de un liderazgo legitimado y en la posesión de los instrumentos que garanticen su preponderancia en los asuntos globales— para erigirse en hegemonías dominantes, deben aceptar la asociación con Estados Unidos en el *trilateralismo* a que se hacía referencia en líneas anteriores.

Origen del *noratlantismo*

El *noratlantismo* encuentra sus raíces en el *atlantismo* que operó como causa y consecuencia del proceso de transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista. A partir de los viajes de exploración y conquista realizados por los países europeos en el continente americano y en las Indias Orientales, el *atlantismo* se nutrió del comercio. La conquista colonial del llamado Nuevo Mundo, por ejemplo, suministró a España una abundante cantidad de metales preciosos que contribuyeron a lo que Perry Anderson ha dado en llamar “el acto singular más espectacular de la acumulación originaria del capital europeo durante el Renacimiento”.¹⁶

Como se recordará, durante la baja Edad Media, especialmente en el siglo XIII, Génova, Venecia y Pisa hicieron del Mediterráneo una de las zonas comerciales premodernas más importantes entre Europa y Oriente (para intercambiar productos de lujo como sedas, especias, plata, oro y porcelanas).¹⁷ En Flandes, en cambio, en el mismo siglo, el comercio ahí desarrollado abarcaba productos de primera necesidad, por ejemplo, lana en bruto, paños y tintes. Con todo, entre el Mediterráneo y Flandes hubo un importante enlace, que hizo de Brujas, plaza flamenca en la actual Bélgica, un punto estratégico vinculado con las ferias comerciales de Castilla en el sur, con las ciudades hanseáticas del litoral alemán, y con Escandinavia

¹⁶ Perry Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1983, 5ª edición, pp. 55-56.

¹⁷ Ramón Tamames, *Estructura económica internacional*, México, Alianza/CONACULTA, 1991, p. 29.

en el Norte. En pocas palabras, entre los siglos XIII y XIV los intercambios comerciales que dejaban entrever los primeros rasgos de un capitalismo incipiente se circunscribían al ámbito europeo, o —a lo sumo— al euroasiático, donde el Mar Mediterráneo encontró su mayor esplendor como la vía de comunicación más socorrida. Sin embargo, las guerras europeas del siglo XV y las presiones de los turcos propiciaron el declive mediterráneo, obligando a los Estados europeos a buscar nuevas rutas comerciales.¹⁸

En ese momento el Atlántico se convirtió en una zona de la mayor importancia. España desarrolló la ruta de América, mientras Portugal hizo lo propio con la ruta de las Indias, estableciendo zonas de colonización y las primeras factorías, hecho que contribuyó a reactivar el comercio intraeuropeo, así como también dio nacimiento al verdadero comercio mundial.¹⁹

Era un hecho que el centro de las decisiones políticas y económicas en Europa se desplazaba decididamente hacia el norte y el oeste en el transcurso de los siglos XVI y la primera mitad del siglo XVII como consecuencia de las mejoras implantadas en la navegación. Kellenbenz relata que las principales actividades económicas se centraron en la Europa atlántica, manifestadas en las importantes relaciones con el Mar del Norte y, sobre todo, con el Mar Báltico, la reserva más notable de materias primas para la Europa Occidental.

Los archivos de la aduana de Sund registran el flujo y el reflujo de este gran comercio de los mares del Norte y del Báltico en los siglos XVI y XVII. A partir de 1578, el número de barcos holandeses que atravesaron el Sund fue casi siempre superior al 50 por ciento de la circulación total.²⁰

Por aquellos años, el comercio marítimo de la costa del Atlántico lo disputaban diversos puertos, entre ellos: Burdeos, Brouage, La Rochela, Nantes, Saint-Malo, Honfleur, Dieppe y Ruan con el puerto de Le Havre, cuya construcción culminó en 1547.²¹

¹⁸ Ramón Tamames, *op. cit.*, p. 30.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Hermann Kellenbenz, *El desarrollo económico de la Europa continental (1500-1750)*, México, Siglo XXI, 1978, 2ª edición, p. 137.

²¹ En 1558 fue quitada Calais a los ingleses, aunque el tráfico generado por este hecho no

Sin embargo, el advenimiento de la llamada crisis general del siglo XVII retrasó el desenvolvimiento del atlantismo, debido a que en esa centuria, según explican los expertos, se produjo la transición definitiva hacia el modo de producción capitalista. Erich Hobsbawm sostiene que para Europa Occidental, y especialmente para España

la temprana emigración a las Américas estimuló temporalmente la exportación de productos del país; pero como aconteció que, inevitablemente, muchos de los requerimientos de las colonias llegaron a ser satisfechos localmente, las manufacturas españolas en expansión debieron pagar las consecuencias.²²

Otro hecho que contribuyó a interrumpir el auge del *atlantismo* fue la guerra de los treinta años (1618-1648), en la que un cierto número de príncipes alemanes, apoyados por potencias europeas tales como Francia, Suecia, Dinamarca e Inglaterra, se enfrentó a la unidad del Sacro Imperio Romano y a la casa de los Habsburgo que reinaba en España, Austria, Bohemia, Hungría, buena parte de Italia y el sur de Holanda. Esta confrontación, que tuvo diversas consecuencias territoriales, dinásticas y religiosas, culminó con la suscripción de la Paz de Westfalia,²³ y en el caso de las pugnas existentes entre Francia y España, con la Paz de los Pirineos.²⁴

No sería sino hasta los siglos XVIII y XIX, con los procesos de la independencia de las trece colonias de América del Norte, y la Revolución Industrial en Inglaterra, que el Atlántico se tomaría en una

sería importante sino hasta después. Entre las exportaciones más apreciadas figuraban la sal marina de Brouage y de la Bahía de Bourgneuf. La Rochela exportaba vinos de Poitou, mientras que en Burdeos eran despachados los vinos de la región del Garona, así como madera y colorantes producidos cerca de Toulouse. De Bretaña y Normandía se exportaban tejidos de lino, en especial a la Península Ibérica y a las regiones mediterráneas. Los alemanes importaban azafrán del sur de Francia.

²² Erich Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, México, Siglo XXI, 1993, 23ª edición, p. 29.

²³ Mediante este convenio, suscrito en 1648, el poder de la casa de los Habsburgo quedó debilitado con las "satisfacciones" otorgadas a Francia y a Suecia, y el Sacro Imperio Romano pasó a ser una confederación muy endeble de Estados soberanos. Francia obtuvo la mayor parte de Alsacia y algunas fortalezas fronterizas. Suecia recibió el oeste de Pomerania y los obispos de Bremen y Verden. Holanda y Suiza obtuvieron la confirmación de su independencia.

²⁴ Mediante este convenio, suscrito en 1659, el límite entre ambos países fue fijado en los Pirineos; España cedió Rosellón y parte de Flandes a Francia; Luis XIV tuvo que casarse con María Teresa, hija de Felipe IV de España.

entidad "activa" en el proceso de expansión y consolidación del modo de producción capitalista.

El Atlántico y el sistema capitalista

Detrás del Océano Pacífico, el Atlántico es el de mayor dimensión del planeta. Posee una extensión de 82 millones 758 mil kilómetros cuadrados y se extiende en forma de "s" desde las regiones árticas hasta las antárticas, entre los continentes americano, europeo y africano. Se comunica con el Pacífico a través del Canal de Panamá y con el Mar Rojo (a través del Mar Mediterráneo) por el Canal de Suez. Sus brazos principales son:

a) En occidente: las bahías de Hudson y Baffin, el Golfo de México y el Mar Caribe;

b) En oriente: los mares Báltico, Mediterráneo, y del Norte, la bahía de Vizcaya y el Golfo de Guinea.

Aunque la menor distancia trasatlántica se encuentra entre Dakar (capital de Senegal), en Africa, y la costa saliente de Brasil, los vínculos trasatlánticos más importantes para efectos del desenvolvimiento del sistema capitalista no serán los desarrollados entre Africa y América del Sur, sino, especialmente, los del Atlántico Norte, en una triangulación con el Caribe, a los que se subordinarán los territorios suratlánticos.

A partir del siglo xv, América del Norte sería disputada, a través del Atlántico, por los ingleses y los franceses; América Central y del Sur, por los españoles y los portugueses; y la zona del Caribe, además de los cuatro colonizadores ya citados, por los holandeses. Adicionalmente merece una mención especial el interés de Rusia por dominar el continente americano, tanto a través de una expansión en América del norte —Alaska— como en el Caribe.

Francia, que había privilegiado la adquisición de posesiones territoriales en Europa en detrimento de las ultramarinas, contaba con un poder marítimo muy por debajo del inglés. Se estima, de hecho, que el presupuesto naval francés nunca ascendió a más de la mitad del de Inglaterra, en tanto que puso énfasis en sus capacidades bélicas terrestres. Sin embargo, con el advenimiento de la guerra de los siete años, Francia fue incapaz de luchar simultáneamente en los

territorios europeo y de ultramar, así que la guerra naval con Inglaterra le arrebató Canadá, India, Africa Occidental y las Indias Occidentales. A través de algunas gestiones diplomáticas, Francia recuperó las posesiones en las Antillas, pero perdió en cambio la posibilidad de presidir un imperialismo comercial a escala mundial.²⁵

La revancha francesa contra Inglaterra daría al *atlantismo* un nuevo realce. Francia alentó la independencia de las trece Colonias norteamericanas de la tutela británica con la finalidad de obtener ventajas especiales, aunque no logró lo esperado. Al contrario. Todo parece indicar que los gastos que realizó Francia en aras de alimentar la revolución de independencia en América del Norte provocaron la crisis fiscal que sería determinante en el fin de la monarquía. Perry Anderson explica que la deuda del Estado era tan grande en 1778 —con un pago de intereses que ascendía al 50 por ciento del gasto corriente—, y el déficit presupuestal tan agudo, que los últimos ministros de finanzas de Luis XVI decidieron imponer severas contribuciones sobre la tierra a la nobleza y al clero. Así, aunque en 1776 triunfaba la Revolución de Independencia que daría nacimiento a los Estados Unidos de América, en Francia triunfaría la revolución burguesa que derribaría a la aristocracia absolutista en 1789, tan sólo 13 años después de la cara revancha contra los ingleses.²⁶

El Atlántico y la Revolución Industrial

El poderío naval británico, que se había perfeccionado cualitativa y cuantitativamente con la conquista de Ceilán, Malta y el Cabo de la Buena Esperanza, se vio fortalecido por una serie de disposiciones político-jurídicas decretadas por la Corona británica,²⁷ entre ellas la *bill* de la reforma (1832); la abolición de la esclavitud (1833); la libertad de comercio (1846), acentuándose la tendencia a otorgar autogobierno a las Colonias, por lo que Canadá se convirtió, en 1867, en el primer “dominio” británico. Y ya en el transcurso de la segunda mitad del siglo pasado, el Reino Unido alentaba la emigración a Aus-

²⁵ Perry Anderson, *op. cit.*, p. 108.

²⁶ Perry Anderson, *op. cit.*, pp. 108-109.

²⁷ Buena parte de estas iniciativas fueron el resultado de la experiencia que reportó a los británicos la independencia de las trece colonias de América del Norte.

tralia y a Nueva Zelanda; la reina Victoria era proclamada soberana de India (1877); Birmania se sumaba a la Corona (1885), y se lograba ampliar la dominación colonial hacia Egipto, Malasia, Borneo, parte de Nueva Guinea y una cantidad importante de islas en el Pacífico. A principios del siglo XX, la Gran Bretaña controlaba alrededor de la cuarta parte del mundo.

Para ubicar en una dimensión correcta los vínculos trasatlánticos entre Gran Bretaña y América, considérense las siguientes conclusiones esgrimidas por Hobsbawn:

respecto a la importancia de la economía internacional en el desarrollo de la industria algodonera, dos hechos saltan a la vista. En primer lugar, el algodón se desarrolló en Gran Bretaña casi como un subproducto del comercio colonial (y especialmente de la trata de esclavos), según se puede deducir de la concentración de la industria en los alrededores de los grandes puertos que comerciaban con las colonias (Glasgow, Bristol y sobre todo Liverpool). Su materia prima provenía casi exclusivamente de ultramar (primero, del Levante, y luego, a partir del siglo XVIII, de las Indias Occidentales y de Estados Unidos de 1790 en adelante) y sus mercados de exportación fueron, hasta la década de 1760-1770, Africa y América. El mercado mundial de productos manufacturados de algodón fue creado inicialmente y dominado durante largo tiempo por los industrializadores del algodón proveniente de la India, cuya exportación era estimulada por las sociedades comerciales europeas. Esta circunstancia dio un doble impulso a la primitiva industria del algodón:

a) El impulso general de la economía colonial y esclavista del siglo XVIII en rápida expansión;

b) El impulso específico de estas interrupciones periódicas de la oferta, imprevisibles e imprevistas, que proporcionaban a quienes fueran capaces de aprovechar la ocasión, enormes capacidades de expansión inmediata.

Es posible pensar que estas condiciones fueron excepcionalmente favorables para el desarrollo de innovaciones técnicas. En realidad, la "revolución industrial" del algodón fue precedida por un periodo de expansión del mercado internacional

insólitamente rápida y merecedora de un estudio más adecuado. Entre 1750 y 1770 el valor de exportaciones de productos algodoneros manufacturados aumentó más del 900 por ciento (mientras el conjunto de las exportaciones aumentó sólo moderadamente). Más del 95 por ciento de estas ventas estaba destinado a los mercados coloniales (Irlanda, América y, sobre todo, África), en pocas palabras, en el Atlántico.²⁸

Por si esto fuera poco, el autor considera que las Colonias de ultramar conservaron una importancia decisiva en el ámbito de los mercados de exportación, ya que mientras la demanda potencial era mayor en Europa —la que en 1805 absorbía el 44 por ciento de las exportaciones inglesas de algodón—, las competencias comercial y política —las riñas frecuentes entre los países europeos— hacían muy vulnerable el mercado europeo, mientras que Gran Bretaña monopolizaba o controlaba totalmente las áreas coloniales o semi-coloniales.²⁹

El noratlantismo europeo: auge y caída

Aunque el *atlantismo* surgió, como se ha sugerido en líneas anteriores, como una concepción europea, hacia finales del siglo XIX Gran Bretaña la concretaría en una alianza anglo-estadunidense, en el momento en que Londres solicitó el apoyo financiero y moral de Washington durante la guerra de los *boers*.³⁰ En el caso de la guerra

²⁸ Erich Hobsbawn, *op. cit.*, pp. 107-108.

²⁹ Erich Hobsbawn, *op. cit.*, pp. 108-109.

³⁰ Stephen Gill, *op. cit.*, p. 124. Gran Bretaña formalmente tomó control de la colonia del Cabo en 1841 y se anexó el Natal en 1843. Las otras dos provincias habitadas por los *afrikaners* (descendientes de holandeses), el Estado Libre de Orange y Transvaal, se mantuvieron temporalmente libres del yugo británico. Pero cuando fueron descubiertos los diamantes en el Estado Libre de Orange en 1867 y el oro en Transvaal en 1886, el flujo de mineros británicos provocó la rebelión de los *boer* (o *afrikaners*).

La primera guerra anglo-*boer* se desarrolló entre 1881 y 1882, conduciendo a una victoria británica precaria. Un nuevo levantamiento llevó a la guerra anglo-*boer* de 1899-1902, peleada con gran ferocidad entre las tropas británicas y las fuerzas guerrilleras de los *afrikaners*. Con el apoyo de Estados Unidos, que hacia esos años libraba la guerra hispano-americana arrebatando victoriosamente a España las posesiones de Cuba, Guam y las Filipinas, Gran Bretaña

de los *boers*, el Reino Unido percibía que a través de una alianza con Estados Unidos podría enfrentar a sus rivales europeos.³¹ Y el tránsito definitivo del *atlantismo* al *noratlantismo* se daría con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial, cuando una gama de intereses económicos y políticos en Estados Unidos, particularmente en Wall Street y en la Casa Morgan, apoyaron a Woodrow Wilson para que el país participara en el conflicto en apoyo a los aliados.³²

Luego de 1918, el concepto anglo-estadunidense de la *sociedad atlántica* cedió frente al peso que la Europa continental dio a sus propios intereses. Este hecho se vio favorecido porque, a pesar de que Estados Unidos, en la voz de su presidente Woodrow Wilson daba a conocer catorce puntos para el orden de la posguerra —nuevamente favorecidos por los intereses económicos y políticos de Wall Street, los que denotaban un intento estadounidense de involucramiento más activo en los asuntos mundiales—, el nacimiento de la Sociedad de Naciones y la decisión del gobierno de Washington de no participar en ese diseño, propiciaron la preponderancia del *noratlantismo* europeo.

En el periodo de entre guerras, diversos intereses que defendían la *unidad noratlántica* —particularmente los consorcios financieros ubicados en Londres, Amsterdam y Nueva York—, enfrentaron una etapa muy crítica con el advenimiento del *crack* bursátil de 1929 y la consecuente depresión del sistema capitalista en la década de los treinta. Este hecho no debería sorprender. La rivalidad que prevalecía entre Washington y Londres en la década de los veinte se centraba en el poder marítimo y en el financiero. Ambos sufrieron cambios importantes, de una u otra forma, con el advenimiento de la gran depresión.

logró imponerse en África del Sur y conformar la Unión Sudafricana en 1910. La Unión se convertiría en una entidad con auto-gobierno en el interior del Imperio Británico en 1934.

En el transcurso de la segunda guerra anglo-boer de 1899 a 1902, el gobierno estadounidense financió el 30 por ciento del costo de la incursión británica en Sudafrica. Se cuenta que cientos de miles de pares de botas y cerca de 200 mil babuchas fueron enviadas a fin de aliviar la escasez en el ejército británico, mientras que los intentos europeos por mediar en el conflicto fueron ignorados por Estados Unidos. Véase David Dimbleby y David Reynolds, *An Ocean Apart. The Relationship Between Britain and America in the Twentieth Century*, New York, Vintage Books, 1989, p. 35.

³¹ Stephen Gill, *ibid.*

³² *Ibid.*

La razón por la que prevaleció el *noratlantismo europeo*, aun con el visible deterioro del liderazgo británico, fue porque Estados Unidos no estaba preparado para surgir y reemplazarlo en esos momentos. El historiador económico Charles Kindleberger resume el problema en los siguientes términos:

el sistema económico mundial sería inestable a menos que algún país lo estabilizara, como hizo la Gran Bretaña en el siglo XIX y hasta 1913. En 1929 los británicos no podían y Estados Unidos no lo haría. Cuando cada país se dirigiera a la protección de sus intereses nacionales, el interés público mundial se iría por el desagüe, y con él los intereses privados de todos...³³

A finales de los treinta y en la primera mitad de los cuarenta Estados Unidos trabajó en el diseño del que sería el orden económico internacional para la posguerra. Este se manifestó en términos del intervencionismo estatal keynesiano, de las relaciones de tipo corporativo entre capital y trabajo y del Estado de bienestar. Estas fuerzas en su conjunto comenzaron a presionar a principios de la década de los cuarenta, a favor de un universalismo neo-wilsoniano, basado en la idea de una economía capitalista global integrada y en el establecimiento de regímenes democráticos en el mayor número posible de los países industrializados. Este proceso también involucró la descolonización en los imperios europeos occidentales porque el sistema capitalista necesitaba ganar acceso a los territorios que hasta antes de la Segunda Guerra Mundial estaban reservados a las grandes potencias de Europa.³⁴ Es indudable que para ese tiempo el imperio británico no podía hacer frente a la satisfacción de sus necesidades internas ni al mantenimiento de su presencia en ultramar. En palabras de Dimbleby y Reynolds:

el declive británico, de la nación más poderosa del mundo a una pequeña isla europea, ha sido tan rápido como el ascenso de Estados Unidos para ocupar la posición que Gran Bretaña mantuvo alguna vez. Los dos procesos se encuentran íntima-

³³ Citado por David Dimbleby y David Reynolds, *op. cit.*, p. 102.

³⁴ Stephen Gill, *op. cit.*, pp. 125-126.

mente conectados. El auge estadounidense pudo ser más lento, de no ser por el declive británico.³⁵

A los ojos de Washington, Gran Bretaña debería mantenerse, al término de la Segunda Guerra Mundial, ni muy débil ni muy fortalecida, y esta consigna sería la que prevalecería en la política de préstamos otorgados por Estados Unidos a la isla europea. Kolko explica que, en términos reales, Gran Bretaña peleó una guerra global como gran potencia, aunque había dejado de serlo, en virtud de los enormes sacrificios humanos y financieros que implicó tal aventura. Se dice que en Potsdam, durante el último encuentro que sostuvieron los “tres grandes”, Harry Truman, sincerándose con Churchill concluía que “si ustedes hubieran declinado como Francia habríamos tenido que enfrentar a los alemanes en la costa americana actualmente”.³⁶

Entre 1938 y 1945, las exportaciones británicas disminuyeron de 471 millones de libras esterlinas a 258 millones, en tanto que sus importaciones se elevaron en el mismo periodo de 858 millones a 1 299. Su deuda externa aumentó en cinco veces hasta alcanzar el monto de 3 mil 355 millones de libras, liquidando casi mil millones de libras en inversiones, y por tanto mermando los ingresos netos obtenidos por esa vía. El año siguiente su endeudamiento externo era mayor que el de toda la Europa occidental combinada, y excluyendo las deudas con Estados Unidos, tres veces mayor que la de Francia. Los británicos virtualmente disipaban el legado y el poder del imperialismo del siglo XIX.³⁷

El ascenso del *noratlantismo* estadounidense y la importancia de la “amenaza externa común”

El plan estadounidense para la promoción de un orden económico internacional en la posguerra residía en abrir los mercados del mundo a la inversión directa de Estados Unidos, una liberalización

³⁵ David Dimbleby y David Reynolds, *op. cit.*, p. IX.

³⁶ Gabriel Kolko, *The Politics of War. The World and United States Foreign Policy 1943-1945*, New York, Pantheon Books, 1990, p. 490.

³⁷ *Ibid.*

del comercio y una internacionalización del *New Deal* bajo las condiciones de acumulación *fordistas*,³⁸ fundamentalmente en el interior de las economías noratlánticas y, en menor medida, Japón.³⁹ En esencia, el propósito estadounidense consistía en dirigir el desarrollo político y económico de Europa Occidental hacia un destino similar al estadounidense. Así, la Doctrina Truman, el Plan Marshall, la OTAN, Bretton Woods, La Habana y el sistema de Naciones Unidas trabajarían a favor del nuevo orden mundial de la posguerra que promovía Estados Unidos.

Varios sucesos contribuyeron directa o indirectamente a hacer que los soviéticos fueran percibidos por Europa Occidental como una amenaza externa común, la cual justificaría la unidad noratlántica al lado de Washington, por ser Estados Unidos un país capitalista muy industrializado cuyo modo de producción era antagónico al sustentado por Moscú. Más allá de las diferencias ideológicas existentes entre Estados Unidos y la URSS, el aspecto que más preocupaba al gobierno de Washington era la pérdida de espacios económicos vitales para el capitalismo, debido a que la mitad de Europa, influenciada ya por el modo de producción no-capitalista de los soviéticos, constituía, de hecho, un mercado perdido para occidente. Además, la percepción de que Moscú se erigía en una entidad atentatoria contra las sociedades europeas occidentales se vio alimentada por el bloqueo soviético de Berlín;⁴⁰ el golpe de Estado en

³⁸ El fordismo es un sistema basado en un proceso productivo de tipo secuencial, con maquinaria especializada en la producción masiva de bienes estandarizados, y donde la organización del trabajo se encuentra tajantemente subdividida entre las actividades de ejecución y las de control, supervisión y planeación. Otra de sus características es que logró un enorme crecimiento gracias a una serie de instituciones que estabilizaron la relación entre la producción en masa y los mercados en expansión. Sin embargo, diversos factores a nivel nacional e internacional distorsionaron totalmente este esquema.

La organización fordista margina la participación de los sindicatos en aspectos como la administración, los mercados y los juicios sobre la marcha de la empresa, si bien la representación sindical cuenta con una notable fuerza para la fijación de las condiciones de trabajo. Esto es típico de una industria fordista como la automotriz. Véase Guillermo Farfán, "Flexibilidad y neofordismo. El debate europeo", en *Relaciones Internacionales*, núm. 49, México, FCPyS, septiembre-diciembre 1990, p. 67.

³⁹ Stephen Gill, *op. cit.*, p. 126.

⁴⁰ A partir de los arreglos suscritos entre los países aliados en las conferencias anteriores a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, se convino en desarrollar acciones conjuntas respecto a Alemania, la cual fue dividida en cuatro zonas de ocupación: la francesa, la británica, la estadounidense y la soviética. Empero, cuando fue introducida una moneda corriente en Alemania Occidental por decisión de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, la URSS blo-

Checoslovaquia en el mismo año;⁴¹ la detonación del primer artefacto atómico por parte de la URSS,⁴² y el triunfo de los comunistas con motivo de la revolución china.⁴³

Las reacciones fueron inmediatas. Los países nórdicos, por ejemplo, que planeaban conformar un esquema de defensa regional, consideraban que el peligro de la "amenaza comunista" era tan grande, que Noruega pronto se alejó de esta idea, buscando un acercamiento con Estados Unidos para convertirse en miembro fundador de la Organización del Tratado del Atlántico Norte.⁴⁴ En el continente, Francia y el Reino Unido, que hacia 1947 habían convenido en

queó la ciudad de Berlín de junio de 1948 a mayo de 1949, situación en la cual los aliados occidentales abastecieron la ciudad mediante el *airlift*. La URSS levantó el bloqueo más tarde, pero continuarían aconteciendo numerosos incidentes.

⁴¹ La Conferencia de Potsdam, celebrada en 1945 entre Estados Unidos, la URSS y el Reino Unido, autorizaba la expulsión de la población alemana residente en Checoslovaquia. Hasta febrero de 1948, dominaba en el país un gobierno de coalición, pero los comunistas, que aunque conformaban el partido con mayor número de miembros, no contaban con la mayoría absoluta, fueron apoyados por la URSS para llegar al poder. Klement Gottwald, líder del partido comunista, sustituyó a Benes, jefe de la coalición, en el poder.

⁴² Con lo que llegaba a su fin el monopolio nuclear sustentado por Estados Unidos. El 8 de agosto de 1953, la URSS anunciaba la posesión de la bomba de hidrógeno.

⁴³ Durante la Segunda Guerra Mundial, las maniobras aliadas en China se veían entorpecidas por la corrupción imperante en el gobierno de Chiang Kai Shek en el país asiático. Aunque se calcula que hacia finales de la contienda el ejército chino contaba con 2 millones 700 mil efectivos, y con 290 divisiones, en realidad era un cuerpo militar empleado para oprimir a los campesinos. Raras veces combatía contra los japoneses o los comunistas chinos.

El ejército chino se estructuraba con base en el servicio militar obligatorio. Y se dice que estaba en tan malas condiciones, que los soldados se veían obligados a hurtar y a hacer actos de rapiña porque las raciones alimenticias que les eran asignadas no cubrían sus necesidades elementales. Hay dramáticos relatos como el siguiente: "más adelante [los soldados] ya están demasiado débiles para escapar. Los atrapados reciben crueles palizas. Los arrastrarán con miembros rotos y heridas en la martirizada carne que la infección pronto convierte en envenenamiento de la sangre, y este envenenamiento en muerte. A medida que van andando se convierten en esqueletos; muestran señales de padecer el *beri-beri*, se les hinchan las piernas, y sus vientres sobresalen, en tanto se adelgazan brazos y piernas... Desde este punto de vista, los cuerpos de los conscriptos tienen gran valor. La paga de un recluta chino puede embolsársela alguien y vender sus raciones. Esto lo convierte en valioso miembro del ejército, y es la base de reclutas que existe. Debido a esta demanda, el viaje no tiene fin. Al estar enfermo, el recluta ha de arrastrarse por el camino... La disentería y el tífus lo acompañan siempre. Lleva el cólera de un sitio a otro... Si alguien muere, su cuerpo es dejado a un lado. Pero su nombre sigue figurando en las listas oficiales. Mientras no se informe de su fallecimiento, continuará siendo una fuente de ingresos, aumentada por el hecho de que ha dejado de consumir. Su arroz y su paga se convierten en una prolongación del recuerdo del difunto en el bolsillo de su jefe. Su familia tendrá que olvidarlo." Citado por Gabriel Kolko, *op. cit.*, p. 437.

⁴⁴ Véase María Stern, *Security Policy in Transition. Sweden After the Cold War*, Göteborg, PADRIGU Papers, 1991, pp. 60-64; y Modesto Seara Vázquez, *Tratado general de la organización internacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 722-727.

la conformación de una alianza defensiva,⁴⁵ y que un año después lograba unir a Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos para suscribir todos ellos, el 17 de marzo, el Tratado de Bruselas, también flotaba sobre el ambiente la inquietud respecto al presunto "expansionismo soviético", hecho que fue determinante en la participación de todos los Estados citados en la OTAN.

Empero, a principios de los cincuenta resurgió la rivalidad nortatlántica. El consenso en el interior de Estados Unidos a favor de su involucramiento en los asuntos mundiales disminuyó. En ello mucho tuvo que ver la percepción de que la asistencia económica distribuida a Europa Occidental a través del Plan Marshall, resultaba muy onerosa como para mantenerla indefinidamente. Mientras tanto, los europeos occidentales desarrollaban obstáculos a las inversiones procedentes de Estados Unidos, conscientes de la creciente vulnerabilidad que la política económica internacional de Washington les heredaba.⁴⁶ Las voces proclives al internacionalismo de Estados Unidos manifestaban su preocupación por la contracción del involucramiento estadounidense en Europa. Además, los académicos e intelectuales más progresistas en el interior de la Unión Americana, fueron atacados durante la histeria anti-comunista del *macartismo*,⁴⁷ incluyendo figuras prominentes como el propio Harry Dexter White, quien, al lado de Lord Keynes, contribuyó a dar vida a las instituciones de Bretton Woods.⁴⁸

Observando la cacería de brujas macartista que tenía lugar en Estados Unidos, los europeos occidentales, especialmente los partidos socialistas y socialdemócratas, temían por los posibles efectos que este hecho tendría sobre sus propias actividades políticas. Ello posibilitó el exacerbamiento de los sentimientos nacionalistas en países como Francia,⁴⁹ donde Charles De Gaulle afirmaba: "Toda mi vida

⁴⁵ Enfocada, por razones de la experiencia bélica reciente, a contener a Alemania.

⁴⁶ Stephen Gill, *op. cit.*, p. 128.

⁴⁷ Para un recuento detallado y objetivo acerca del *macartismo* en Estados Unidos, véase Lillian Hellman, *Tiempo de canallas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 123 pp.

⁴⁸ Como resultado de las acusaciones del *Comité sobre Actividades Anti-Estadunidenses* contra White, éste sufrió un ataque al corazón y murió a consecuencia del mismo un poco después.

⁴⁹ En las elecciones del 21 de octubre de 1945 el partido comunista francés emergía como el más vigoroso con un 26 por ciento del total de los votos, seguido por los socialistas con un 24 por ciento, la democracia cristiana ligeramente menor al 24 por ciento, los derechistas moderados con un 15 por ciento y los radicales con el 6 por ciento. De ahí la preocupación

he imaginado a Francia de cierta manera... a mi modo de ver, Francia no es Francia sin grandeza", ⁵⁰ tratando de promover la autonomía gala respecto a la autoridad ejercida por Estados Unidos.

El *noratlantismo* canadiense: gestación y auge

Canadá ha constituido históricamente uno de los vértices del *triángulo noratlántico*, si bien tanto en la etapa de esplendor del Imperio Británico como en la de la hegemonía estadounidense los canadienses se han desenvuelto bajo la tutela de Londres o de Washington. Ello convirtió el segundo país más extenso del mundo en el campo de batalla en el que estaba en juego la supremacía de ambos tutores. Canadá fungió, de hecho, como el termómetro que permitiría observar los alcances y los límites del Imperio Británico, ⁵¹ así como los de Estados Unidos en un momento histórico determinado. Ello, sin embargo, no debe oscurecer la vocación *noratlántica* de Canadá, la

de que la actitud anti-comunista adoptada por Estados Unidos pudiera ser exportada al viejo continente, afectando los intereses particulares y, sobre todo, las preferencias electorales de las sociedades europeas.

⁵⁰ Don Cook, *Charles De Gaulle*, México, Javier Vergara, 1985, p. 316.

⁵¹ Conviene acotar que Canadá tuvo una gran importancia en el mantenimiento de los intereses comerciales de Gran Bretaña en el Caribe desde finales del siglo XVIII. En ese tiempo, con motivo de la revolución de independencia de las trece colonias de América del Norte, las islas azucareras británicas, en las llamadas Indias Occidentales, se vieron forzadas a buscar otras fuentes de abastecimiento dentro del mismo imperio para tener acceso a las importaciones que les permitirían sobrevivir. Así, las provincias marítimas que Francia había perdido a favor de Gran Bretaña en la guerra de los siete años, se erigieron en las opciones para abastecer de alimentos, productos forestales y ganado, importados, con anterioridad, de Nueva Inglaterra y de las colonias centrales de la costa atlántica.

Cuando el Reino Unido reconoció la independencia de las trece colonias, Nova Scotia, New Brunswick y la Isla del Príncipe Eduardo, se convirtieron en motivo de inspección permanente por la Corona, ya que unos 50 000 soldados estadounidenses, favorables a la metrópoli, habían huido hacia esos territorios y los británicos deseaban eliminar la competencia que el nuevo país (Estados Unidos) les planteaba en América del Norte.

Es importante resaltar, sin embargo, que ni las provincias canadienses, ni los esfuerzos británicos e irlandeses fueron capaces de abastecer con los recursos necesarios a las Islas Británicas Occidentales. Con todo, un legado de aquella experiencia reside en los intereses que actualmente tiene Canadá en el Caribe, atendiendo a la herencia colonial y a la existencia de los lazos lingüísticos que poseen tanto los habitantes de las islas como los canadienses, además del comercio e inversiones inherentes al papel que el dominio británico de América del Norte desempeñó históricamente por encargo de su metrópoli. Véase Roland Ely, *La presencia canadiense en la Cuenca del Caribe: los casos comparativos de Venezuela y Cuba*, ponencia presentada en XXXIV Convención Anual de la Asociación de Estudios Internacionales celebrada en Acapulco, México, del 23 al 27 de marzo de 1993, pp. 3-4.

cual no ha podido realizarse con una independencia tan amplia como la que disfrutaron sus mentores.

A principios del siglo XIX, cuando Estados Unidos y el Reino Unido libraron una contienda armada que tuvo lugar, sobre todo, en el territorio canadiense, salieron a relucir las pretensiones estadounidenses y los límites definidos por Londres a ese expansionismo. Los problemas no terminarían ahí, ya que al paso del tiempo tendrían lugar nuevas fricciones, concretamente respecto a la conquista del oeste, la cual, es sabido, se produjo a expensas de México,⁵² y era inevitable que Canadá se viera afectado de manera proporcional, perdiendo importantes extensiones de territorio ante el reclamo de Washington referente a la cuenca del Río Columbia.⁵³ El otro problema fronterizo con Canadá fue el de los límites de Alaska, territorio comprado por Washington a los rusos en 1867 bajo la administración de Andrew Johnson, y que fue resuelto en favor de Estados Unidos con el consentimiento británico luego de las contribuciones realizadas por el gobierno de Washington en la segunda guerra de los *boers*.

Sin embargo, el "destino continental" de Canadá, al que hace referencia Peter Waite,⁵⁴ también encuentra sus raíces en la expansión del mercado estadounidense y su cercanía con el canadiense. En 1846, la Corona británica daba a conocer una serie de disposiciones legislativas respecto al maíz, las que afectaban negativamente a Canadá. En respuesta, los colonos canadienses buscaron un acercamiento con Estados Unidos, proponiendo la suscripción de una *Acta de Reciprocidad*,⁵⁵ la cual fue signada en 1854. Este documento tenía previsto la abolición de obstáculos al comercio mutuo exclusivamente en recursos naturales (pescado, trigo, pieles y maderas). La

⁵² Porque además de la pérdida de Texas en el oriente, los mexicanos debieron ceder las Altas Californias, Nuevo México y Arizona.

⁵³ La expansión hacia esas latitudes se convirtió en un asunto electoral en Estados Unidos en 1844, con el reclamo de la totalidad de la cuenca norte del Río Columbia. La consigna electorera era *fifty-four forty or fight* en alusión a la latitud de los territorios en disputa —54° 40'. La guerra no se produjo y en 1846, a escasos meses de la contienda con México, Estados Unidos logró extender la frontera a lo largo del paralelo 49° para alcanzar, como habían vaticinado sus "padres fundadores", el Océano Pacífico.

⁵⁴ Peter Waite, "Los desafíos de un destino continental", en Craig Brown (comp.), *La historia ilustrada de Canadá*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, pp. 305-409.

⁵⁵ Bien pudo denominarse *Acta de Libre Comercio*, aunque los canadienses siempre han preferido utilizar la palabra *reciprocity*, posiblemente porque ha sido muy difícil de lograr tanto bajo la tutela británica como ante el ascenso de la hegemonía estadounidense.

era de la reciprocidad fue breve y medianamente exitosa: se extendió hasta 1866, año en que los estadounidenses decidieron abrogar unilateralmente el *Acta*.⁵⁶

A principios del presente siglo, Canadá y Estados Unidos suscribieron un Tratado sobre Fronteras Acuíferas,⁵⁷ el cual, de hecho, implicó el establecimiento del primer mecanismo de resolución de disputas entre los dos países, si bien el asunto de la reciprocidad comercial se mantenía pendiente.⁵⁸ En 1911, el gobierno liberal de Laurier inició, por consejo estadounidense, la negociación encaminada a suscribir un acuerdo de reciprocidad. Sin embargo, al iniciarse la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo canadiense y el rechazo al proteccionismo de Washington condujeron a que la iniciativa fuera abortada.

El desenlace de la Primera Guerra Mundial, el advenimiento de la gran depresión del sistema capitalista y el rechazo estadounidense a ejercer el liderazgo, provocaron que Canadá se acercara a la Gran Bretaña, buscando protección frente a la crisis. En junio de 1930 el presidente estadounidense Herbert Hoover daba el visto bueno a la legislación tarifaria Smoot-Hawley, mediante la cual el gobierno de Washington elevaría a niveles históricos las tarifas cuantitativas del comercio. En febrero de 1932, el gobierno canadiense realizaba una exitosa negociación tarifaria con la Corona británica, mediante la cual Canadá se beneficiaría por un tiempo. Así, hacia 1937, el 38 por ciento del total de las exportaciones canadienses se dirigía al mercado británico, en contraste con el 27 por ciento correspondiente a 1930.⁵⁹ Con todo, hacia 1926, Estados Unidos remplazaba a la Gran Bretaña como el mayor inversionista extranjero en Canadá.⁶⁰

En 1935, con el retorno del primer ministro Mackenzie King al

⁵⁶ Randall White, *Fur Trade to Free Trade. Putting the Canada-U. S. Trade Agreement in Historical Perspective*, Toronto, Dundurn Press, 1988, pp. 49-53. Las razones esgrimidas por los estadounidenses fueron dos: el hecho de que Canadá había incrementado unilateralmente el precio de las manufacturas que vendía en la Unión Americana, mismas que no estaban cubiertas por el *Acta*, más el resentimiento estadounidense generado contra Canadá a raíz de la Guerra de Secesión.

⁵⁷ En 1909.

⁵⁸ Robert Bothwell, "Has Canada Made a Difference? The Case of Canada and the United States", en John English y Norman Hillmer, *Making a Difference? Canada's Foreign Policy in a Changing World Order*, Toronto, Lester Publishing, 1992, p. 8.

⁵⁹ Randall White, *op. cit.*, p. 109.

⁶⁰ Ramsay Cook, *op. cit.*, p. 466.

gobierno, Canadá negoció un acuerdo comercial con Estados Unidos al amparo del *Acta Hull* de Acuerdos Comerciales. El acuerdo entró en vigor el 1º de enero de 1936.⁶¹ El segundo de la serie fue suscrito en 1938, precedido por un tratado muy liberal signado por los canadienses y la Corona británica en 1937, y acompañado por un nuevo pacto comercial entre Londres y Washington en 1938. El Reino Unido y otras porciones del Imperio Británico en el mundo se mantenían como mercados significativos para la producción canadiense, absorbiendo más de la tercera parte de las exportaciones totales de Canadá hasta principios de los años cincuenta. Sin embargo, era visible, hacia los treinta, que la tendencia a la integración continental con la economía de Estados Unidos estaba echando raíces profundas en Ottawa.⁶² Mientras tanto, en 1944, siguiendo la tendencia iniciada con el Acta Tarifaria Underwood de 1913, Canadá y Estados Unidos eliminaban todas las barreras a la maquinaria agrícola.⁶³

CUADRO 1 El destino cambiante de las exportaciones canadienses 1930-1950

<i>Destino</i>	<i>% 1930</i>	<i>% 1950</i>	<i>Cambio</i>
Reino Unido	27	15	-12
Otros países	20	14	- 6
Otros acuerdos preferenciales	8	6	- 2
Estados Unidos	45	65	+20

Fuente: Randall White, *op. cit.*, p. 115.

Luego sobrevino la Segunda Guerra Mundial en la que Canadá resultó ampliamente beneficiado. El total de sus pérdidas humanas

⁶¹ En realidad, era muy menor si se le compara con el negociado por ambas partes en 1911, que sin embargo fue rechazado y nunca pudo entrar en vigor. Con todo, el acuerdo comercial de 1935 sirvió para reducir sustancialmente el proteccionismo existente en los dos países.

⁶² Randall White, *op. cit.*, p. 113.

⁶³ *Ibid.*

ascendía a 42,000 personas, esto es, las dos terceras partes de los caídos en la primera contienda. Ottawa también contaba con la tercera marina más grande del mundo y la cuarta mayor fuerza aérea. La deuda generada por la guerra era manejable y las arcas de la nación estaban repletas en divisas extranjeras. Canadá no sufrió conflictos en ultramar como sí era el caso de sus aliados más importantes, y ya hacia 1946 la última de sus fuerzas en el extranjero había regresado a casa.⁶⁴

CUADRO 2

El destino cambiante de las exportaciones canadienses 1950-1965

<i>Destino</i>	<i>% 1950</i>	<i>% 1965</i>	<i>Cambio</i>
Estados Unidos	65	57	- 8
Reino Unido	15	14	- 1
Otros acuerdos preferenciales	6	6	0
Otros países	14	23	+ 9

Fuente: Randall White, *op. cit.*, p. 122.

Con Gran Bretaña destruida, los canadienses comprendían, sin embargo, que su prosperidad económica dependía por completo de Estados Unidos. En febrero de 1947, cuando se descubrieron los yacimientos petroleros en Alberta, rápidamente Estados Unidos se convirtió en su principal cliente.⁶⁵ En 1948 el Congreso estadounidense, que autorizaba la ayuda económica a Europa Occidental a través del Plan Marshall, renovó a favor de Ottawa la mayoría de las ventajas de cooperación económica canadiense-estadunidense de que había gozado en los términos del acuerdo de Hyde Park de 1941. Canadá se convirtió, asimismo, en la fuente más segura y cercana de

⁶⁴ Desmond Morton, *op. cit.*, p. 510.

⁶⁵ Ed Shaffer, *Canada's Oil and the American Empire*, Edmonton, Hurtig Publishers, 1983, pp. 140-141.

minerales para Estados Unidos, desde el níquel hasta el uranio, requeridos por Washington, en el caso de un recrudecimiento de la Guerra Fría.⁶⁶

Entre 1945 y 1955 la presencia de los capitales estadounidenses se duplicó en Canadá, pasando de 4 mil 900 a 10 mil 300 millones, mientras que la inversión directa se triplicó. A diferencia del proceso de reconstrucción de Europa Occidental, el cual reclamaba cuantiosos capitales estadounidenses para edificar infraestructura y capacidades productivas, erogación que además exigía el visto bueno del Congreso, Estados Unidos veía en Canadá un mercado capitalista desarrollado capaz de responder de inmediato a las necesidades de expansión de su economía.

La participación canadiense en la Organización del Tratado del Atlántico Norte se produjo ante una gran presión ejercida por el gobierno de Washington, ya que las políticas de seguridad del Atlántico Norte estaban vinculadas a la contención del comunismo en el Atlántico. En Canadá, sin embargo, el debate en torno a la participación en la OTAN fue muy amargo, especialmente entre quienes consideraban que el ambiente internacional se orientaba hacia un conflicto entre Washington y Moscú —razón por la que convenía a Ottawa afianzar los vínculos con el vecino—, y los que consideraban que Estados Unidos estaba tomando el control de las políticas canadienses de seguridad.⁶⁷

Canadá y Gran Bretaña consideraban que una alianza con Estados Unidos limitaría sustancialmente las respuestas unilaterales que Washington pudiera tener hacia la “amenaza soviética”. Se temía que, con determinadas circunstancias, especialmente con el auge de la histeria anti-comunista (que llevaría al macartismo a un peligroso ascenso), la Unión Americana se sentiría tentada a emplear armas nucleares, hecho que involucraría automáticamente a Canadá y a toda Europa. Así, desde la óptica noratlántica de Ottawa y de Londres, la alianza con Estados Unidos permitiría un cierto grado de control sobre el proceso de toma de decisiones de Washington en materia de seguridad.

⁶⁶ Desmond Morton, *op. cit.*, p. 515.

⁶⁷ Tom Keating y Larry Pratt, *Canada, NATO and the Bomb. The Western Alliance in Crisis*, Edmonton, Hurtig Publishers, 1988, p. 1.

Además, Canadá prefería un arreglo multilateral, a un impopular arreglo continental con Estados Unidos en asuntos militares y de seguridad. El gobierno de Ottawa tenía la opinión de que la alianza noratlántica, con la participación europea, constituiría, de hecho, un contrapeso a Estados Unidos y a la injerencia de éste en los asuntos canadienses.⁶⁸ Debe comprenderse también que de haberse resistido a participar en la OTAN, Canadá habría incurrido en una especie de *finlandización*, esto es, un neutralismo aislacionista, esforzándose por convencer a Washington de que Ottawa no constituía una amenaza a la seguridad estadounidense en el rígido ambiente bipolar y de guerra fría que se vivía.⁶⁹

No debe pensarse, por tanto, que Canadá se plegó al texto base de la alianza noratlántica propuesto inicialmente, sino que, preocupado por los aspectos políticos de la coalición, el gobierno de Ottawa promovió una iniciativa que se convertiría en el segundo artículo de la Carta de la OTAN.⁷⁰ La defensa canadiense de esta disposición haría que en las negociaciones la propuesta fuera denominada como "el artículo canadiense".⁷¹

El célebre Lester B. Pearson escribiría en sus memorias que "la única posibilidad —y esto sigue siendo cierto— de que la alianza noratlántica perdurara residía en sostenerla en algo más que la simple cooperación militar. Una alianza basada en el temor a la agresión

⁶⁸ Es curioso observar que para Europa Occidental la participación canadiense también era vista en los mismos términos: como un contrapeso a la presencia de un país extra-continental (Estados Unidos) y a su injerencia en los asuntos europeos. Véase Tom Keating y Larry Pratt, *op. cit.*, pp. 4-5.

⁶⁹ Tom Keating y Larry Pratt, *op. cit.*, p. 11. Visto en retrospectiva, Canadá debía ser un aliado de Estados Unidos a partir de cuatro consideraciones: 1. La política estratégica global; 2. Las políticas específicas de la alianza; 3. Las políticas de defensa específicas de la relación Canadá-Estados Unidos, y 4. Las disputas entre Estados Unidos y otro (s) aliado (s), en las que Canadá podría o no involucrarse. Véase David Leyton-Brown, "Managing Canada-United States Relations in the Context of Multilateral Alliances", en Lauren McKinsey y Kim Richard Nossal (eds.), *America's Alliances and Canadian-American Relations. North American Security in a Changing World*, Toronto, Summerhill Press, 1988, pp. 168-169.

⁷⁰ El artículo 2 dice a la letra que: "las partes contribuirán al desarrollo de relaciones internacionales pacíficas y amistosas al fortalecer sus instituciones libres, al posibilitar un mejor entendimiento de los principios conforme a los cuales son creadas estas instituciones, y a través de la promoción de condiciones de estabilidad y bienestar. Buscarán la eliminación del conflicto en sus políticas económicas internacionales y fortalecerán la colaboración económica entre cada uno y todos."

⁷¹ Charles F. Doran, "The Origins and Limits of NATO Cohesion", en Lauren McKinsey y Kim Richard Nossal (eds.), *op. cit.*, p. 122.

y en la necesidad de realizar acciones defensivas contra el agresor desaparecerán cuando el temor se desvanezca. Si se desea que nuestra alianza sobreviva, deberá tener bases políticas, sociales y económicas".⁷²

Sin embargo, la OTAN, en opinión de Estados Unidos, no alcanzaba a cubrir las necesidades de seguridad de América del Norte, sobre todo a partir de que la URSS logró enviar al espacio con éxito el primer *Sputnik* o satélite artificial de La Tierra, tecnología que le permitiría desarrollar misiles balísticos intercontinentales, los cuales, lanzados desde el territorio soviético, tendrían que hacer uso del Ártico y del polo magnético del norte, al cual Canadá tiene acceso.⁷³ Además de las bases militares estadounidenses existentes en Canadá, el gobierno canadiense planeó la construcción de una red de instalaciones de radar, comenzando con la extensión *Pinetree Line* en 1951, y continuando con la *Distant Early Warning Line* (DEW) en 1954.⁷⁴ Así, Estados Unidos y Canadá suscribirían el *North American Aerospace Defense Command* (NORAD) en 1957, mediante el cual el territorio canadiense se convertiría, de hecho, en una extensión de los sistemas de defensa y de seguridad de Estados Unidos.

La idea de una comunidad noratlántica triangular cuyos vértices se encontrarían en Europa (especialmente en Gran Bretaña y, en menor medida, en Francia), Estados Unidos y Canadá, comenzó a experimentar serios reveses hacia 1957, año en que Bélgica, Luxemburgo, Países Bajos, Italia, Alemania y Francia decidieron instituir la CEE. Como puede observarse en el cuadro número 3, entre 1950 y 1965 las exportaciones canadienses a Gran Bretaña y a Estados Unidos disminuyeron, a la par del auge en las exportaciones a otros países, ya que —como se explicaba en líneas anteriores— el gobierno de Ottawa asumía la seguridad de que la promoción de los intereses del país en el exterior podía lograrse satisfactoriamente en términos multilaterales, ya que en la relación bilateral con Estados

⁷² Citado por Kim Richard Nossal, "A European Nation? The Life and Times of Atlanticism in Canada", en John English y Norman Hillmer (eds.), *Making a Difference? Canada's Foreign Policy in a Changing World Order*, Toronto, Lester Publishing Limited, 1992, p. 85.

⁷³ La única excepción la constituía el *Fractional Orbit Bombardment System* (FOBS), concebido para atacar el territorio estadounidense partiendo del territorio soviético y utilizando el polo sur.

⁷⁴ Tom Keating y Larry Pratt, *op. cit.*, p. 63.

Unidos era sumamente difícil lograr una negociación equitativa o, como ellos afirmaban, recíproca.

En 1965, sin embargo, los vínculos económicos entre Canadá y Estados Unidos se fortalecían de manera proporcional al afianzamiento de las relaciones intra-comunitarias en Europa. Así, los gobiernos de Washington y Ottawa decidieron suscribir el acuerdo *Auto-Pact* mediante el cual emulaban la integración sectorial desarrollada por los entonces socios de la CEE, cuyo antecedente más concreto fue la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA) en 1951.

CUADRO 3
El destino cambiante de las exportaciones canadienses
1965-1985

<i>Destino</i>	<i>% 1965</i>	<i>% 1985</i>	<i>Cambio</i>
Reino Unido	14	2	-12
Otros países	18	11	- 7
Otros socios de la Comunidad Económica Europea	7	4	- 3
Japón	4	5	+ 1
Estados Unidos	57	78	+21

Fuente: Randall White, *op. cit.*, p. 133.

El comercio automotriz, que representa un tercio del total del comercio entre Canadá y Estados Unidos, se erigió así en un proceso de integración sectorial que al tener importantes efectos en la liberalización del comercio en otras ramas, presagiaba un acuerdo económico más amplio como el que efectivamente se produjo en 1989 y que a su vez sería el catalizador que permitiría a los dos países más México negociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en vigor desde el 1º de enero de 1994. Con el advenimiento del TLCAN, Estados Unidos asesta un golpe mortal al *noratlantismo* en virtud de que, en la restructuración de las relaciones económicas internacionales de finales del siglo XX, Washington ya ha optado por privilegiar sus relaciones con Canadá y México, en detrimento de los vínculos que mantiene con el resto del mundo.